

Baudelaire, el viajero

Por EVARISTO J. DAMIAN S. J.

"Et mon ame dansait, dansait, vieille gabarde sans mats, sur une mer construeuse et sans bords..." (les septs vieillards).

BAUDELAIRE es de los poetas que nacen para la eternidad literaria. Para la eternidad y la universalidad. No siempre comprendido se lo lee cada vez más entre nosotros. Es cierto, pocos lo saborean en su lengua original y por buenas que se pretendan, las traducciones de Marquina, en España, y Nidia Lamarque, en Argentina, no pasan de balbuceos traidores (al menos de acuerdo al viejo adagio).

Aquí sólo deseo aproximarme a su alma atormentada y trazar una línea orientadora en la lectura de su obra.

Dos notas van a marcar para siempre la vida de Carlos. Su temperamento ricamente sensible y su dura niñez. Desde sus primeros años conoce el dolor. Le acompañará a lo largo de su ruta. El niño sólo recibe incompreensión de su madre. Malos tratos de su padrastro. El utilitarismo de la época choca con su exigencia espiritual. Su dolor de rebelde se agrava. La lucha ha empezado. Su dolor

de niño y su naturaleza. El mundo y su vocación. Casi un esbozo de la trama de su vida: un signo de contradicción. Hay un resorte interno que lo impulsa continuamente a la belleza. En la mujer se posa su búsqueda. Con razón, pues la mujer es un rastro de la belleza de Dios. Aún conserva rasgos de esa gracia que Dios le comunicó en el paraíso para hacer más feliz la vida del hombre. No encuentra nada más plástico que los rasgos femeninos y sus gestos para identificar la belleza. Pero esta misma mujer, hacia la que un hechizo incontenible —mezcla de carne y espíritu— lo arrastra, va a ser una respuesta fatal. No sólo su aspiración de belleza va a derrumbarse, porque la mujer es insuficiente, también su ser cae demolido porque la fascinación de la mujer va a destruir su vida. Como Eva, lleva su seducción hasta dominar al hombre. Es el pecado que destruye. Esta traición suprema frustra su dinamismo espiritual. Una tortura que deshace. Pero todavía

el mal, el pecado que le rodea, está fuera de él. A través de sus poesías en las que el protagonista es la mujer se notará lo mismo: el pecado ha torcido todo. El placer, el infierno, la belleza, parecen matices de una misma realidad.

Incomprendido, cuando no despreciado por los hombres. Abandonado por los suyos. Aplastado por la mujer, su compañera. El hombre está sólo ante un mundo opaco. Como un nudo que aprieta, la soledad lo estrecha. No queda otra escapada que las inmensidades de su océano interior. Empieza su huida. Empieza su viaje. Quiere escapar de los hombres, de la mujer, de este mundo que le parece ya no insuficiente sino satánico. En ese viaje —pretensión de libertad— algo lo ata, algo le pesa. Es él mismo.

● EL MAL

En la cumbre de su drama el mal se le revela en lo hondo de su alma. "*Ah Seigneur donnez-moi la force et le courage de contempler mon coeur et mon corps sans degout*". (1) Carlos no se miente, lo denuncia. Se enfrenta al mal con sus fuerzas de poeta. Esa lucha es una división. Porque él también es hombre del pecado. Es el sumum de la contradicción. El mal lo gobierna todo, hasta su mismo interior; incluso hasta las fuerzas ocultas que laten desconocidas. "*Race de Cain, ton supplice aura-t-il jamais une fin?*" (2).

Por momentos es cómplice de ese mal, que parece haberle derrotado. "*Race de Cain au ciel monte et sur la terre jette Dieu*" (3). La victoria más rotunda del Maligno es convencer a los hombres de su inexistencia. A pesar de sus traiciones esporádicas, Carlos descubre al mal como tal y lo trata como tal. Alguna fuerza de Dios debió acompañar los impulsos nobles del poeta. Sigue interiorizando con valentía como quien quiere delatar su propia enfermedad y encontrar el virus. "*L'homme est aveugle, sourd, fragile, comme un mur qu'habite et que ronge un insecte*" (4).

1) Le voyage a Cythère.

2) Abel et Cain.

3) Abel et Cain.

4) L'imprevu.

● PECADO

Ese mal real e interior, que tiene un ámbito misterioso, no es un mal impersonal, ajeno a toda responsabilidad. Este mal es pecado, culpa. Carlos lo afirma... "*Chacun de vous m'a, fait un temple dans son coeur; vous avez en secret baisé ma fesse inmonde*" (5).

A veces ha combatido el pecado que muerde sus entrañas. Otras, ha consentido a su invitación. Pero jamás dejó de confesar que el demonio es el demonio. El malo del Padrenuestro y del Evangelio: "*il nage autour de moi comme un air impalpable; je l'avale et le sens qui brule mon poumon et l'emplit d'un désir eternal et coupable*" (6).

● DOLOR

En el mismo ritmo de sinceridad nos va a hablar Carlos de ese otro rostro del mal: el dolor. En cada persona exige una definición que es compromiso. La contestación de Carlos fue ambigua porque su vida fue una contradicción. El dolor, bienaventuranza en Jesús, en Baudelaire es a veces verdugo, a veces salvador. Cuando no es bendito es maldito.

Tiene frases tan cristianas como éstas: "*Soyez beni mon Dieu, qui donnez le douleur comme un divin remède a nos impuretés...*" (7)

El remordimiento no es más que el llamado que Dios puso en la naturaleza para avisar a los que se alejan de El. Carlos lo experimentó vivamente. "*Remords, qui vit, s'agite et se nourrit de nous comme le ver des morts*". (8) Pero Carlos no es un perfecto pagano. Es capaz de seis actos cristianos. "*J'implore ta pitié! Toi, l'unique que j'aime du fond du gouffre obscur où mon coeur est tombé*". (9)

5) L'imprevu.

6) La destruction.

7) Benediction.

8) L'imprevu.

9) De profundis clamavi.

● EL VIAJE

La vida de nuestro poeta fue un viaje. Y en ese andar en el tiempo "*nous avons vu partout et sans l'avoir cherché, du haut jusques en bas de l'échelle fatale, le spectacle ennuyeux de l'immortel péché*".

Visión infernal que en el realismo cristiano sólo es parcial. Falta la otra parte. El "*mundo bueno*" redimiéndose en Cristo. Carlos lo ignoró. O si lo conoció, en su poesía no se entrevé. De todos modos si llegó a vislumbrar algo fue muy efímero. Ante la enraizada presencia del mal caben dos reacciones: ceguera o lucidez. Nuestro hombre no fue ciego. Reconoció el mal en el subsuelo de la vida humana. Este mundo le resultó entonces el dominio del "*príncipe de las tinieblas*". "*Les fleurs du mal*", gran parte de su poesía, es la atmósfera de este "*príncipe*". El mal le empujará por la espalda instándolo a lo desconocido. Desde ahora y para siempre, será viajero. No en la realidad geográfica. No en la fantasía romántica. Viajero sí en las calles de su ciudad, donde se oculta el misterio interior de los hombres. Viajero sí, en las calles oscuras, estrechas e interminables de su alma... "*un matin nous partons, le cerveau plein de flamme, le cœur gros de rancune et de désirs amers*". (10) Pero esta huída del mal es una huída con el mal, porque somos un pedazo de mal. No el mundo material es malo, sino el hombre que lo contagia. El hombre sin redención, sin Cristo, es un hombre destructor de la Creación, porque sigue multiplicando el germen diabólico.

● INFINITO

Baudelaire quiere quebrar los límites del mundo para nadar en lo infinito. "*Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau*". (11) Porque el poeta —en el fondo— es un investigador de Dios. El viaje al Infinito no es más que una liberación del mal. Posibilidad de fe para que la gracia obre. En nuestro poeta falta esa

fe que rompe la apariencia de este mundo donde late el infinito. Su viaje —su vida— tiene sin embargo el valor de testimonio de esa íntima aspiración que Dios estampó en nosotros. Instinto religioso que nos endereza a El. "*Et nous allons suivant le rythme de l'âme bercant notre infin sur le fini des mers*". (12) Algo le aleja: la contradicción del mal. Alguien lo llama: Dios con su atracción inexplicable, desde su lejanía. "*Mais les vrais voyageurs sont ceux-là seuls qui partent pour partir*". Y pasan los días, y se juntan jornada tras jornada, siempre con el mismo saldo. "*Amer savoir celui qu'on tire du voyage. Le monde monotone et petit, aujourd'hui, hier, demain, toujours*". (13)

● HASTIO

El término contradictorio de ese viaje va a ser el hastío. Es la negación de toda satisfacción. La plenitud de la insuficiencia. El absurdo de toda correspondencia. Carlos lleva consigo su sueño de infinito y su realidad de mal. No otra cosa es el "*spleen*", el hastío. "*Resigne-toi mon cœur; dors ton sommeil de brute*". (14) "*Je suis un cimetière abhorré de la lune*" (15) El hastío de Carlos no es el vulgar hastío. Un sentimiento pasajero. Es vacío metafísico sin desesperación. Es como el estado consciente de la nada. Es la monotonía más monótona. No está Dios. Tampoco el demonio. Sólo él como un aborto de los hombres. Para Carlos que sintió a fondo el éxtasis de vivir, el horror del mal, y la esperanza del infinito, el hastío debió de ser la tortura más insoportable.

● LA MUERTE

El mal es negación, absurdo. Virus que corrompe y destruye sus células más interiores. Aire que envicia su vida por dentro y por fuera. Carlos desde los abismos de su ser ansía una liberación. No se sabe cuándo —tal vez en su madurez—

10) Le voyage.

11) Le voyage.

12) Le voyage.

13) Le voyage.

14) Le goût de la néant.

15) "Spleen".

el poeta ve en la muerte una suerte de libertad. "O mort, ce pays nous ennui, ô mort appareillons". (16) La muerte detrás del horizonte lo espera como un infinito desconocido, pero infinito al fin... "plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel qu'importe?" (17) Esta estrofa se contrapone a la siguiente... "C'est la mort... la bourse du pauvre et sa patrie antique, c'est le portique ouvert sur les Cieux inconnus". (18) Tiene un aire cristiano. Tampoco frente a la muerte, como frente a los otros problemas vitales, Baudelaire vivió lógicamente hasta lo último una solución. Toda su vida osciló en una contradicción. Es el hombre que vive dividido. Siente adentro el Reino de Dios —aunque no lo confiese— y el principado del diablo. Por eso más le preocupa salir de este mundo que llegar al otro.

"C'est la mort qui console, hélas et qui
[fait vivre;
c'est le but de la vie, et c'est le seul
[espoir,
qui comme un elixir, nous monte et nous
[enivre,
et nous donne le coeur de marcher jusqu'au
[soir". (19)

Decir que hay una progresión o una transformación en el contenido de la poesía baudelairiana es mentir. Analizando sus poemas de 1857 hasta los últimos de 1868 su situación existencial se manifiesta igual. No hay evolución en el drama de Carlos. Si se asoma una purificación, vuelven también sus quejas y su rebelión.

16) Le voyage.

17) Le voyage.

18) La mort des pauvres.

19) La mort des pauvres.

Una nota lo caracteriza: la inestabilidad. Como ya dijimos, sus días ya duros desde la niñez, fueron una continua lucha interior. Carne y espíritu. No hubo nunca una victoria absoluta. Fueron siempre parciales. Momentos de la carne. Momentos del espíritu. Momentos de horror y hastío, momentos de éxtasis. Momentos de confusión, momentos de lucidez evangélica. Súbdito "de las tinieblas". Ciudadano de "la Luz". Su misión y su gracia de poeta lo acercaron mucho a la profunda experiencia espiritual de los místicos. Captó ese escondido combate en el interior de la persona entre Dios y Satan. Ese combate, falto de una decisión de voluntad se volvió un juego fatal. Carlos no tuvo una ascética. No supo renunciar. No sacrificó nada. Dios, en cambio, se encargó de convertir su propia vida en su ascética. La misma vida que ensuciaba y replegaba su alma le limpiaba y le abría.

No vivió ni siquiera parcialmente una redención en la tierra. Pero algo lo volvió siempre apto a una posible redención: la sinceridad. Sinceridad que le costó la incompreensión de los hombres. Sinceridad que no pactó con ninguna hipocresía. Desde este ángulo fue siempre transparente. Sinceridad que le arrojó toda la vida en ese drama inmenso del hombre que es un pedazo de pecado y una semilla de infinito. "Ame curieuse qui souffres et vas cherchant ton paradis plains-moi... Sinon je te maudis". (20) Esa sinceridad fue su ascética, su sacrificio y su pobre adoración. "Que béni soit ton fouet, Seigneur! Que la douleur, o Père soit béni" (21)

20) Epígrafe.

21) L'imprevu.